

ESPAÑA

CAPÍTULO TERCERO

SEVILLA Y LA ANDALUCIA

Cádiz, 12 de Setiembre de 1851.

La travesía de Liorna a España duró del 1.º al 12 de Setiembre. Los vientos contrarios de los primeros dias retardaron nuestro viaje; pero desde el cabo Palos el buque surcó con admirable rapidez hasta hilar doce millas por hora.

La isla de Elba desapareció pronto a nuestra vista: por largo tiempo vimos el país natal de Napoleon, con sus montes escarpados y su capital Bastia, brillando al sol en lontananza, y mas lejos aún las montañas del país que fué teatro de la actividad excesiva y férvida del grande hombre; pero las costas de Francia no aparecieron mas que un instante.

El aspecto mas curioso fué en seguida el de Gibraltar, de esta poderosa columna de Hércules, sobre la que el dios de la fuerza física grabó prematuramente el *non plus ultra*: súbitamente aparece una roca, ó mejor dicho, una montaña que se lanza atrevidamente hácia el cielo, colocada como terrible centinela entre dos mares eternamente espumantes y eternamente navegados: aquella no es una forma engendrada por la naturaleza, es mas bien un monumento misterioso y singular, elevado por la mano de un dios, y de un dios de la fuerza: tomárasele á veces por un coloso que surge bruscamente del medio del mar, a veces por un animal

carnicero que descansa bajo los rayos de un sol tropical, ó ya como una enorme y puntiaguda pirámide que se eleva en las nubes y desafía las tormentas de los siglos: es una imágen sin formas fijas; pero imágen del reposo eterno y de la fuerza majestuosa.

A los piés del Esfinge se extiende la vía marítima mas frecuentada del globo, la cinta argentina que atravesaban en otros tiempos las embarcaciones fenicias para aventurarse en el inmenso é ignoto océano, y que los hijos de Albion surcan hoy con sus *steamers* tan rápidos como la flecha, como si fuese un juego, un paseo, y como si el Mediterráneo no fuese mas que un lago agradable en el parque de las naciones, creado y conservado por ellas.

La otra orilla del Stretto no tardó en presentarse. Era una nueva parte del mundo, la tercera que veía en el curso de un año, la ardiente y cálida Africa con su blanca Ceuta, hermana gemela y muy poco imponente del majestuoso Gibraltar. ¡Siempre es agradable el poder anotar en el diario una nueva parte del mundo, aun cuando no se arribe a ella! Comprendí entónces, cuán necesario es, en general, el ver las cosas por sí mismo para rectificar sus ideas: dos imágenes de mi cosmos ideal se modificaban totalmente en presencia de la realidad: las costas de Africa y el estrecho de Gibraltar. Mi fantasía habia revestido a las primeras con el tinte pajizo y monótono de una naturaleza arenosa y desierta, miéntas que a la vista ofrecen montañas de tintes violados y azulados; en cuanto al estrecho, me lo habia figurado tan ancho, que no seria posible percibir las riberas sino en tiempo claro y sereno, y ahora veía, a pesar de que la atmósfera no era muy pura, perfectamente dibujadas las líneas de ambos continentes.

Un viento favorable nos hizo pasar rápidamente el estrecho, y desplegóse a nuestra vista el magnífico océano en su inmensidad. ¿Era una ilusion? No lo sé; pero las olas me parecian mas altas y fuertes, y de un tinte mas pálido. Por fin mis ojos podian contemplar no ya un simple mar, sino un océano sin límites que se extiende hasta el nuevo mundo, y gozaba de la dicha tan grande para un marino de haber pasado las columnas de Hércules, y de hacer resonar sobre las olas del Atlántico el soberbio *plus ultra*.

Navegábamos a lo largo de las costas de España: Tarifa acababa de desaparecer, y nos hallábamos en el campo de honor, inmori-

talizado por la victoria de Nelson, en las aguas famosas de Trafalgar, en donde la Inglaterra, bañada en sangre francesa, se levantó formidable y soberana absoluta de los mares. Por fin, en la brillante luz de una mañana radiante, apareció como un mirage, una ciudad deslumbradora, erizada de torres y torrecillas, una segunda Venecia, una imágen fantástica de la antigua y poética ciudad de los Dux. Cádiz se levantaba delante de nosotros sobre un promontorio en la llanura del mar: su primer aspecto es majestuoso é imponente; pero acercándose mas, se convierte en alegre y gracioso, sin perder nada de su noble belleza. Hicieron llegarse para guiarnos a un piloto del país, y el dia siguiente, 12 de Setiembre, a las tres de la tarde, entrábamos en el puerto, y anclábamos en la ribera española. En la rada mostraban su gallardía los navíos, las fragatas y los bergantines de la marina real, y delante de ellos los buques de vapor y las embarcaciones mercantes: numerosas barcas cruzaban en todos sentidos; era aquel un movimiento de actividad sin igual.

Tocamos tierra en la *punta del mar*, en medio de multitud de hombres de tez morena, de ojos negros, de talle elegante, de facciones nobles y enérgicas, de cabellos de ébano, cubiertos con el sombrerito de terciopelo en forma de plato, y con polainas de cuero bordado. Pasamos la muralla exterior y nos encontramos en las calles de la antigua ciudad comercial, a la que el oro *envenenado* de la América llegaba en tiempos pasados a montones. El oro ha desaparecido y con él el antiguo esplendor, no que la ciudad no tenga hoy cierto aspecto de prosperidad y bienestar; pero no ha conservado ninguno de los monumentos de otros dias. Ya no hay en ella mas que calles largas, estrechas, y con frecuencia irregulares, formadas por casas de un blanco vivísimo con numerosos balcones cubiertos de grandes jaulas de vidrio, y llenos de loros, de flores y de lindas mujeres: la parte inferior de las casas está ocupada por tiendas que dan alguna animacion a aquellas mal empedradas calles, por las que rara vez pasan los coches y el pueblo circula de modos muy distintos, a pié, a caballo ó en mula.

En España, como en todos los países meridionales, se pasa la vida al aire libre, bajo la bóveda del cielo, con la diferencia de que aquí no hallamos aquella ruidosa agitacion, aquella batahola casi

bestial que reinan al pié del Vesubio: la seriedad y la gracia, la decencia y la dignidad, son aquí patrimonio del pueblo, lo mismo que de los grandes. Mas ¿cómo describir a las mujeres españolas? Casi todas visten de negro, color que hace resaltar mejor la belleza femenil: el velo cae elegantemente por la espalda, y se casa graciosamente con la mantilla ajustada al moño; el abanico juega constantemente entre lindos dedos flexibles y ágiles. Viejas y jóvenes llevan el mismo traje, y a unas y otras asienta muy bien el color negro: las viejas, en general, son excesivamente gordas, las jóvenes son esbeltas y ligeras, de chispeantes ojázos negros, de cabellera magnífica, de tez de marfil, de miembros finos y elegantes: en cuanto a sus piés tan ponderados, los hallé en verdad cortos, pero un poco anchos; pisan demasiado derecho al andar. Las españolas son pequeñas, pero llenas de dignidad y decencia en sus movimientos: no tienen la frivolidad de las mujeres de otros países, y saben hermanar la seriedad y la jovialidad. Este pueblo no conoce la palabra vulgaridad: mas sabe lo que es la altivez.

La vida de las calles y la lisura propia de los países meridionales se hallan aquí, con un matiz de originalidad española, y revelan a los ojos del espectador mas de un cuadro de género interesante. Como en las ciudades italianas, encuéntrase por todas partes frutas en abundancia: el asno paciente y bonachon y la vigorosa mula, son las bestias de carga preferidas: pasean por las calles sus harapos y su mugre los mas hermosos niños del mundo, verdaderos pequeñuelos de Murillo. Tres cosas me divertian principalmente en aquella multitud abigarrada: los clérigos con sus sombreros negros de una longitud espantosa que podrian servir de barquichuelo a los muchachos; los negros que ejercen el oficio de limpiabotas, y cuya presencia en este país es un indicio de frecuentes relaciones con las colonias de América . . . y en fin, los gatos descolados que en su mayor parte estarán sin duda destinados a terminar sus días, en lugar de liebre, en la famosa *olla podrida*.

Siendo las iglesias la primera cosa que debe verse en una ciudad extranjera, comenzamos por visitar las catedrales nueva y antigua. La nueva es un vasto é imponente edificio de estilo romano, construido todo de piedra amarilla: observamos en ella,

por la vez primera, una disposicion que es propia de las iglesias españolas, y difiere esencialmente de lo que se ve entre nosotros. El coro forma un cuadro delante de la entrada principal, abierto únicamente del lado del altar mayor, y cerrado por los lados con pared de piedra; el altar es muy elevado y está rodeado de columnas que sostienen una cúpula; a través de los arcos, se perciben en el fondo de la nave, las diferentes capillas que contiene. El conjunto concebido en grandes y majestuosas proporciones, produce un efecto imponente y religioso.

13 de Setiembre de 1851.

Tratábase hoy de ir a Sevilla, capital de la bella Andalucía.

Como el barco no debia partir sino a las once, dimos todavía una vuelta por la ciudad y, bajo un sol ardiente y un calor tropical, visitamos el *Salon de Cristina*, paseo favorito de los habitantes de Cádiz, situado sobre un bastion que domina al mar. Son los paseos públicos, llamados ordinariamente *alamedas*, uno de los recreos de la vida española: las ciudades mas insignificantes tienen la suya; lo mismo que plazas para las corridas de toros; pero estos lugares de reunion, solo son frecuentados por las tardes. Cuando el sol inclina al horizonte su disco de fuego, levántase en el aire una brisa benéfica, y las hijas de España, dejando sus frescas moradas y sus elegantes patios sembrados de laurel-rosa y de naranjos, van, del brazo de sus adoradores, con la mantilla en la cabeza y el abanico en la mano, a pasearse en las calles de árboles que empieza a envolver una sombra misteriosa.

Nos embarcamos a bordo del «Rápido,» buquecillo que hace la travesía de Cádiz a Sevilla; el mar empezaba a agitarse, y era muy divertido ver el bamboleo de las barcas que rodeaban el buque, y observar las figuras de los pasajeros que subian al puente. Fué primero una gruesa matrona izada con todas las precauciones imaginables, agitándose entre el cielo y el agua con una emocion de las mas cómicas; siguióla una señora, pálida y lánguida, que habia sentido ya en la barca el mal precursor de la futura travesía; poco despues una familia inglesa recibia una rociada de impetuo-

sa espuma; un pobre papagayo atacado tambien en su jaula, y sin comprender nada del malestar que sufría, mascaba lastimosamente sus barrotes; un hermoso pájaro de las islas, de brillantes colores, echaba a su rededor miradas ansiosas; toda especie de animales domésticos gemían prisioneros; dos bonitos habaneros, de pelo largo y sedoso, se acurrucaban tímidamente en el fondo de una elegante canasta; todo esto se veía agrupado en pintoresca confusión alrededor de una montaña formidable de bagajes y de cofres. Procuréme un rinconcito desde donde pude contemplar a mi gusto el mundo de pasajeros que se acumulaba sobre el puente, con quienes debía hacer el viaje del Guadalquivir. Vi entónces presentarse una mujer alta y bella, de talle animado, de ojos negros y brillantes, de cabellera de ébano; estaba llena de alhajas, y llevaba la mantilla tradicional sobre magnífico túnico de raso: un abanico de laca completaba su traje, y se adelantaba triunfante en medio de un enjambre de dandys españoles, vestidos con esmero, de finos bigotes retorcidos en punta, de manos de mujercilla armadas de cañas de junco. Con dignidad de reina fué ella a sentarse en el lugar mas visible; y los señoritos que mariposeaban a su lado, la rodearon como a una diosa, felices y orgullosos con parecer encadenados por el irresistible encanto de su mirada. Al principio tomamos aquel extraño grupo por una sociedad de artistas dramáticos; más, ¡cuál sería despues nuestra sorpresa, al saber que la mujer de vestido azul era una de las mas grandes señoras del reino, la duquesa de Medina Celi, que hacia el viaje de Sevilla con su esposo, uno de aquellos jóvenes elegantes! En San Lúcar, pequeña ciudad de las márgenes del Guadalquivir, se le reunieron la madre y una hermana muy bonita. Varias señoras, de floreciente obesidad, que pronto tuvieron que luchar con el mareo, varios eclesiásticos en vestido secular, y un número prodigioso de turbulentos y chillones muchachos acabaron de sobrecargar el espacio ya demasiado lleno.

Levóse por fin el ancla, y a poco empezaron a bailar las riberas: los dandys se pusieron pálidos y silenciosos, y se engolfaron en profundas meditaciones sobre el movimiento de las olas; las gruesas señoras se tendieron sobre los bancos de los camarotes en las posturas mas cómicas: la duquesa, al contrario, se mantuvo valien-

te y victoriosa. Nosotros tomamos con toda comodidad un excelente almuerzo en medio de los gemidos y lamentos de nuestros vecinos: nos extasiábamos delante de una pálida y soberbia española, que con los ojos cerrados é inmóvil estaba pintorescamente instalada en una butaca, medio acostada y medio sentada, y nos dejaba contemplar a sabor su admirable y blanca cara, y su elegante talle: como permanecía siempre sin cambiar de postura, la llamamos la bella muerta. Cerca de ella los perritos falderos, libres ya de su canasta, daban inquietos la guardia, como finos protectores de su ama dormida. De repente, una oleada se introdujo por la escotilla y fué a rociar a uno de los pobres dandys, que contempló tristemente su pantalon mojado.

Pero las angustias cesaron: Cádiz desapareció a nuestros ojos, y entramos en el Guadalquivir, cerca del cual un bosquecillo de palmeras se nos presentó como mensajero de calma y de paz. En la desembocadura del rio, las orillas del mar tenían aquel aspecto que mi cosmos ideal habria atribuido a las costas de Africa: eran amarillas, bajas, monótonas, y accidentadas solo por algunos oasis con casuchas de un blanco de creta: las aguas del Guadalquivir eran abundantes y terrosas, como en mi imaginacion me figurara las del Nilo. Pronto llegamos a San Lúcar, pequeña ciudad situada en un punto de la ribera, célebre por su frescura en los meses de estío. La sociedad elegante de España va allí por salud, como entre nosotros se trasporta a Hietzing ó a Ischl. Además de las dos parientas de nuestra amable duquesa (cuyo esposo supe despues tiene conmigo un vínculo de parentesco, gracias a la circunstancia de que los Medina Celi deben su origen a un capricho de corazon de un Hapsburgo español), nuestra pobre embarcacion se vió literalmente inundada en esta estacion por una multitud de nuevos viajeros.

El calor era sufocante, la batahola y la falta de espacio nos incomodaban singularmente: empezábase apénas el viaje propiamente dicho del majestuoso rio, vieja arteria de la caliente Andalucía que unia la capital de los moros con el mar trayéndole las riquezas del país, y que por la profundidad de sus aguas permitia á los grandes barcos mercantes llegar hasta las puertas de la ciudad. Otra vez vi burladas aquí mis esperanzas: mi imaginacion, dema-

siado fecunda me representaba un Guadalquivir embellecido por los esplendores y todas las seducciones meridionales; la realidad me trasladó á las monótonas llanuras del país de los Magyares. Bargas desnudas, poco elevadas, arenosas, color de ocre, detrás de las que se extienden hasta perderse de vista vastos espacios, sin árboles ni arbustos, poblados de abutardas, de patos, y de vez en cuando de grandes rebaños, verdaderas sabanas por las que se ve uno que otro ginete bastante parecido a los Csikós, con el sombrerito de terciopelo redondo, y el *poncho*, especie de sayo cuadrado con un agujero en medio para pasar la cabeza, forman un cuadro de desoladora uniformidad y de mortal melancolía. Si aquella comarca estuviese regada por las aguas fecundas del río que la atraviesa, podría organizarse en ella, como en Hungría, un cultivo regular y grandioso; pero el andaluz no trabaja mas que para satisfacer las necesidades mas imperiosas de la vida; recibe de Dios gratuitamente la subsistencia diaria y en su serena indolencia no pide mas: come higos y granadas, baila su bolero, y alimenta su alma con las apasionadas emociones de la *corrida de toros*.

Ya al fin del viaje, cuando llegó la tarde y esparció una frescura deliciosa, llegamos a percibir señales de cultura y de verde vegetación. Soberbios bosques de naranjos, que descendian hasta el agua de la orilla, refrescaban la vista con su sombrío follaje; verdes praderas alternaban con ellos: un ginete en traje nacional, con la rica chaquetilla y las polainas bordadas, montado en silla alta sobre un fogoso árabe enjaezado a la antigua usanza española, seguía la orilla del río; las montañas de la Sierra Nevada aparecían en lontananza, y la vida parecía brotar por todas partes. El país era mas fértil, y nuestra impaciencia iba creciendo a medida que el Guadalquivir serpenteaba en sinuosidades mas numerosas, porque sentíamos que nos acercábamos al término del viaje. De repente apareció sobre los bosques de verdura la famosa cúpula de Sevilla, y lleno de entusiasmo exclamé con el adagio popular: «Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla.» Una vuelta mas del río, y la ciudad se desplegaba por completo a nuestros ojos: a la derecha la soberbia catedral gótica, con su *giraldá* elevándose en espiral sobre las casas y los palacios, y a su derredor, la ciudad del antiguo esplendor morisco y español, la ciudad de

la espada y de la guitarra, la ciudad de la sangre y de las flores: sobre la ribera las *Delicias*, paseo favorito de las bellas andaluzas, el palacio de San Telmo, magníficamente restaurado por el duque de Montpensier, cubierto de flores de lis de oro que reflejaban los últimos rayos del sol; la *Torre del Oro*, gran torre almenada en donde se guardaba el oro traído de América; en el río algunos barcos descansando en agua dulce de las fatigas del mar, y mas allá el hermoso puente monumental de la reina Isabel; a la izquierda la *Triana* renombrada por sus crímenes y sus sombríos misterios, el barrio de los gitanos y de los bandidos, y a su lado, el triste término de los esfuerzos y de la actividad del hombre, un vasto cementerio con grandes cipreses y majestuosas palmeras, símbolos melancólicos de paz y de reposo.

El buque tocó tierra entre la *Torre del Oro* y el palacio de San Telmo, y entramos en la ciudad por la extremidad de las *Delicias*: algunas monedas nos excusaron la enojosa visita de los empleados del portazgo. La luna hería con sus rayos misteriosos y mágicos el centro de las estrechas calles, y derramaba su romántica claridad sobre las altas puertas, los ricos cornizamientos, y los adornos delicadamente esculpidos de la antigua catedral, delante de la que pasé con un sentimiento de admiración y de respeto: una claridad misteriosa y sobrenatural dibujaba en contornos acentuados las formas mas diversas, y sin el prestigio de los colores, hacía resaltar con limpieza y a la vez con suavidad, la grandeza y la armonía del conjunto. Después de haber dado un vistazo a la casa del Barbero de Sevilla, de quien el guía quería a fuerza hacer un personaje histórico, llegamos a la Plaza de la Constitución ó del *Ayuntamiento*, embellecida por el magnífico edificio del mismo nombre, para dirigirnos a nuestro hotel, la *Fonda de Europa*: esta es, en toda la extensión de la palabra, una construcción española, con su patio tradicional, su pórtico elegante, su ancha escalera ricamente techada, y sus pequeños cuartos con el enlosado de ladrillo, cuyas ventanas están cubiertas de bonitas esteras de paja: de estos cuartos, se sale a un gracioso balcón para oír los conciertos de la guitarra y los cantos del ruiseñor, para respirar el dulce perfume de los jazmines y de los mirtos, y para contemplar el pintoresco aspecto de la estrecha calle, en la que en cente-

nares de balcones, hay sentadas lindas mujeres, conversando y abanicándose medio ocultas a la vista por las cortinas y las flores. Una de las principales distracciones en las posadas, consiste en mirar las imágenes que entapizan las paredes. Gracias al gusto desarrollado por las bellas artes que caracteriza nuestra época, hállanse hoy en toda la Europa y aun en las otras partes del mundo, grabados que representan la historia de Genoveva de Brabante, las hazañas de Guillermo Tell, y las aventuras de ultramar de Pablo y Virginia. En las paredes de mi cuartito hallé, *horribile dictu*, la historia del Judío Errante, con explicaciones en francés y en español. Así, pues, ha penetrado hasta en la Península dorada el veneno de la Francia, que semejante al mercurio siempre brillante y siempre agitado, cambia el noble y puro metal en una masa gris y sin lustre. No he leído el Judío Errante, ni lo leeré nunca, porque no alcanzo el provecho de estas obras inútiles que ponen al alma en tortura: ellas no pueden procurar ni recreo, ni instruccion; no causan mas que una excitacion momentánea, y solo sirven para la relajacion del espíritu y del corazón. Pero qué remedio, ¿no están de moda? y los dignos posaderos españoles, no deben hacer ver al público de sus huéspedes, que en el capítulo de la literatura moderna, saben estar al nivel de los hombres mas ilustrados? Continúad, y buen ánimo. ¡Eugenio Süe enriquecerá vuestras almas, y el odio al clero y el apoteosis de la inmoralidad, hará prosperar a vuestro país!

Desde nuestra llegada, el mozo del hotel nos anunció que al siguiente dia habia corrida de toros: estas corridas son la mayor y mas notable de las fiestas nacionales españolas; la perspectiva de ver una me llenaba de impaciencia y de alegría. Cenamos agradablemente en el encantador patio; y bajo el elegante pórtico rodeado de fresca verdura é iluminado por la dulce luz de la luna y de las lámparas, aprendí a admirar la arquitectura morisco-española. Digo «morisco-española,» porque un gran número de casas de Sevilla están construidas en este estilo, y datan, como nuestra *Fonda*, de la poética época de los moros, ó por lo ménos han sido fielmente copiadas de esta arquitectura ingeniosa y ligera, en cuanto a la forma general, si no en cuanto a la riqueza de ornamentacion. Sus patios interiores presentan un abrigo delicioso contra el

calor del dia, un lugar paradisaico en donde el pacífico habitante puede gozar a sus anchas el retiro y el reposo. Si al contrario, quiere gozar del aspecto animado de la calle, no tiene mas que salir a los balconcitos exteriores, ó abrir sencillamente la puerta y las cortinas del patio, dejando cerrada la reja de hierro que separa la calle de la casa.

Para los paseantes es un placer sin igual el echar una mirada furtiva a traves de los barrotes de esta reja hasta las profundidades misteriosas del patio, a aquel centro encantado de la vida interior; véñse entónces graciosos pórticos con piso de mármol deslumbrador, pequeños saltos de agua cuyo polvo húmedo y plateado cae ligeramente en elegantes estanques, laureles-rosas y naranjos en flor, y en medio de todo esto a las mujeres mas bellas alumbradas por una luz dulce y velada durante el dia, y en la noche por la discreta de las lámparas ocultas en el follaje. El patio es el verdadero retiro de los graves españoles; es un producto oriental, una flor del Oriente, es el centro de la existencia interior en el palacio de los reyes como en la habitacion mas humilde; pero las casas españolas tienen una ventaja sobre las del Oriente; poseen esos balconcitos cuyo uso no podria conciliarse con las costumbres celosas y el carácter retirado de la vida árabe. Salí al mio con un *cigarrillo de papel* en la boca, y en medio del perfume de las flores, de los conciertos de la guitarra, bajo la bóveda resplandeciente de un cielo estrellado, contemplé enajenado la animacion alegre de la calle.

14 de Setiembre de 1851.

Visitamos hoy el Palacio del *Ayuntamiento* situado en la Plaza de la Constitucion. Es un hermoso edificio del siglo XVII, de columnas adornadas con arabescos y bajorelieves; desgraciadamente ha quedado sin concluir como tantos otros monumentos notables del pasado: me pareció que se ocupan poco de su conservacion. Los muros y las columnas son de creta; la arquitectura pertenece al último estilo del renacimiento que puede llamarse todavía bello y se halla en el límite de la decadencia. Aquí encontré ya recuerdos de familia, recuerdos de una época en la que la Es-